

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

EL SUEÑO DE PACO PIN

¡Dios de Dios y cómo se aburría Paco Pin! El mundo le parecía soso, la realidad insípida. La repetición rítmica de los fenómenos le causaba hastío. ¡Siempre el mismo cielo, las mismas estrellas, la misma luna! ¡Siempre las mismas estaciones, los mismos partidos sucediéndose unos a otros, con monótona regularidad! ¡Por qué había de salir el sol todos los días! Era insoporrible.

Una sola cosa interesaba a Paco Pin y despertaba su curiosidad. Por desgracia era una curiosidad imposible de satisfacer. Paco Pin quería saber lo que sería del mundo después que el se hubiese muerto. «Si yo hubiera fallecido antes de 1789, se decía, no habría tenido noticia de la revolución francesa; si a fines del siglo pasado, no habría alcanzado al gran Napoleón, si hace un par de años no hubiese admirado los éxitos del gran Polavieja. ¿No es esto absurdo? Colabore usted en la historia, en la medida de sus fuerzas, concurre a la obra del progreso, interese a usted por todo, para que el día menos pensado una fiebre o una pulmonía le obliguen a dejarlo todo, bruscamente, sin saber siquiera en qué para. ¡Esto es horrible!» Y Paco Pin hubiese dado cualquier cosa por averiguar siquiera lo que será de España el año 2000.

Pensando en esto, su mirada errabunda fijóse por acaso en un anuncio impreso en gruesos caracteres en la cuarta plana de un periódico. «Insomnio, decía, el doctor Dulecamara, discípulo de los faquires de la India, produce el sueño a voluntad. Se puede dormir un día, una semana, un mes, un año, un siglo.» «Un siglo!» Paco Pin se caló el sombrero y se fue a casa del doctor.

«El doctor Dulecamara? — Servidor de usted, es usted el discípulo de los faquires? — El mismo. — Me aburro, doctor. — Bueno — Padezco de insomnio. — Eso se cura. — Quiero dormir. — Dormi, ¿usted? — Un siglo? — Un siglo. — Pero si duermo un siglo, ¿quién me despertará? — Usted mismo abrirá los ojos al cumplirse los cien años. — ¿Cuándo puedo empezar a echar esta siestecita? — Cuando usted guste. — ¿Cuánto me va usted a llevar, doctor? — Toda su fortuna. — Corriente, dijo Paco Pin. Y dió al doctor cuarenta reales.

«Había Paco Pin dormido un siglo ó una hora? No podría decirlo. Al despertar sintió frío, dolores en todos sus miembros y quebrantamiento de huesos. Antes que se decidiera a abrir los ojos oyó sonar en sus oídos voces extrañas, singulares, exóticas:

— *Was hat dieser mann?* (¿Qué tiene este hombre?)

— *He is drunk.* (Está borracho.)

— *E morto.* (Está muerto.)

— *Peut être qu'il est fou.* (Acaso esté loco.)

Paco Pin miró en torno suyo. Cuatro hombres de raras cataduras le rodeaban.

— ¿Qué gente es ésta? — preguntó como hablando consigo mismo.

Sin duda aquellos hombres comprendían el castellano, porque todos se apresuraron a responder:

— *Ich bin Deutsch.* (Yo soy alemán.)

— *I am english.* (Yo soy inglés.)

— *Yo sono un figlio della bella Italia.* (Yo soy un hijo de la hermosa Italia)

— *Moi je suis français, monsieur, du cœur même de la vieille France.* ¡Vive l'Armée! (Yo soy francés, caballero, del centro mismo de la vieja Francia. ¡Viva el ejército!)

— ¿Dónde estoy? preguntó Paco Pin, ni más ni menos que una heroína de novela.

El francés, con su amable locuacidad, le sacó de dudas. Estaba sobre las ruinas de Madrid, destruido años antes por una cruzada de las provincias, llenas de indignación contra los vicios de la Babilonia española. Yacía cerca de un antiguo y abandonado cementerio. Una jauría de perros hambrientos le había arrastrado hasta allí y se aprestaba a devorarlo cuando llegaron en su auxilio los extranjeros que á la sazón le rodeaban. Entonces comprendió Paco Pin por qué se sentía tan asendereado y maltrecho.

— ¿Y vosotros quién sois?

— Este tío de las patillas es un hijo de la Albiñ perdida que ha venido á España á explotar una mina. El de la barba roja es un prusiano que di-

rige la construcción de un camino de hierro. Este morenacho italiano comercia en baratijas. Yo he venido á emprender un gran negocio viti-vinicola, una vasta plantación de vides de que me propongo extraer un Borgoña sin rival.

— ¿Es que no hay ya españoles en España?

Los circunstantes se miraron unos á otros con extrañeza. ¡Españoles en España! No, ya no había. Quedaban acaso algunos, refugiados en sitios abruptos, las alturas de Moncayo, las cimas del Pirineo, las crestas de la Alpujarra y las fragosidades del Maestrazgo. Otros pocos trabajaban á sueldo de las empresas extranjeras. Era la excepción. Casi todo el territorio de España estaba libre de españoles.

— ¿Y qué ha sido de ellos? — preguntó con ansiedad Paco Pin.

— *Mon Dieu!* Unos han muerto, otros se fueron.

Verá usted; un economista del siglo pasado, monsieur Blum, nos reveló que la riqueza del subsuelo español era tan enorme como absoluta la incapacidad de los habitantes para utilizarla. Según su expresión, los españoles se morían de hambre tendidos sobre un tesoro. Vinimos. Al principio los capitales extranjeros se servían para la explotación del trabajo indígena. Luego dieron en desecharlo. Alegaban que aunque barato, les salía caro. Las empresas de cada país procuraron traer a sus compatriotas, tanto más cuanto algunos de esos países estaban, como Italia y Alemania, plétóricos de población. Fue una invasión, una avalancha ante la cual hubo de ceder el pueblo autóctono. Los que no quisieron morir de hambre tuvieron que emigrar, yendo á poblar las costas de África, y las soledades de América.

— Y allí, ¿qué hacen?

Esta pregunta fue acogida con una general carcajada.

— Trabajan, dió el francés sin poder reprimir su hilaridad; trabajan como negros, como fieras. Por la eficacia de su esfuerzo, Argelia y Túnez se han convertido en paraísos Marruecos, sometido al triple protectorado franco-anglo-alemán, es, gracias á ellos, un vergel. En Buenos Aires, en Montevideo, en Chile, en el Perú en toda la América latina su actividad sostiene la industria y el comercio y labra la prosperidad de aquellas repúblicas. Raza singular esta raza española, es fértil en su propia casa, fecunda fuera, maldición para los suyos, bendición para los extraños, planta ubérrima que no da fruto á su dueño y se lo prodiga al vecino!

Reían aquellos hombres, y Paco Pin no quiso escuchar más. Arrastrándose como pudo, fue á refugiarse entre unas ruinas. Allí, en el rincón más obscuro, se acostó y se volvió á dormir... para siempre.

ALFREDO CALDERÓN

LA CONQUISTA DE LA VIDA

«No lo creáis! — No es tiempo ni de cruzar los brazos, ni de doblar la frente; sois como los guerreros: venís á disputaros con enemigos que se aumentan siempre.

No os entregaron hecha y de balde, los dioses, la túnica inconsútil de la vida, es un botín de guerra que han de comprar los hombres con la sangre que vierten las heridas.

Adelantáis, á ciegas, por un bosque infinito de entrelazados troncos; si no os abris la senda, quedaréis detenidos y las fieras vendrán contra vosotros.

Los tiempos son de lucha: las horas son ejércitos de enemigos que pasan. — No divaguemos nunca; que, al que suelta los remos las corrientes indómitas lo arrastran.

Hundida en la grandiosa vegetación triunfante

de la Naturaleza, todavía la momia de los indios cobardes su inapreciable pequeñez contempla.

— Todavía es la gafa menuda, que se pierde sin murmullo, en el mar de lo infinito; escríbala melancólica bajo la débil frente porque vió que era grande su enemigo.

— No lo creáis! No es tiempo ni de volver los ojos, ni de variar de rumbo. — Todo camino es bueno, porque en medio de todos, arde la vida, manteniendo el mundo.

Triunfan á vuestro lado los ríos y los árboles; las flores y los frutos; y los ardientes astros como los libres aires dan al vacío su canción de triunfo!

— Todo aparece joven; mundos impenetrables se abren á nuestra vista — como en aquel entonces hunde el moderno Atlante su cuerpo en la región desconocida.

— Y nosotros, pequeños, consumimos los días haciéndonos preguntas; y llamamos al Templo de la Aurora infinita sin dejar las sandalias de la duda!

— Se preparan los musgos á ser nuestro sudario y á servirnos de lápida los montes; si olvidamos el triunfo, como los dioses clásicos se apartará la vida de los hombres.

— ¡Mirad! — A vuestro lado rápidamente pasa con plenitud salvaje; ardiente de entusiasmos, nutrida de abundancias, dueña de todos, para todos fácil.

Hipógrifo invencible sus anchas fauces truenan, lanzan rayos sus ojos. ¡Cogeos á sus crines para cruzar la tierra, ó pasará arrollándonos á todos!

E. MARQUINA

AL GLORIOSO SAN ROQUE

I
Pues señor, éste era (y continúa siendo) un pueblo llamado por mal nombre Villacarpanta. Todos sus vecinos tienen el privilegio de ser más brutos que los demás habitantes del globo. Hay una excepción: el alcalde. Este goza de otro privilegio. Del de ser más bruto que sus convecinos. Pues bien; sabrán ustedes que los villacarpantanos tienen un patrón con calabaza y perro. Ya supondrán ustedes que no aludó á la Virgen del Carmen, sino á San Roque bendito. ¡Y cómo le veneran! Lanzar públicamente una blasfemia en Villacarpanta, es cosa que pasa inadvertida. Faltarle á San Roque es horrendo delito. Y quien dice á San Roque, dice á cualquier miembro de su familia.

Hay que advertir que la imagen que tal entusiasmo les inspira, es la manifestación más desdichada del arte escultórico, que puede concebirse. Verdad es que su autor fué un tal Bonifacio, que floreció como mancebo de botica allá por los siglos xv y xviii.

No quisiera pecar de irreverente, pero el venerado patrón de Villacarpanta me pareció un sereno apoyado en el chuzo y echándole la morcilla á un mocho de huérfano.

La cara del pobre santo es toda bondad, toda dulzura, toda almazarrón.

La sonrisa del can fascina y subyuga. La calabaza parece sonreírse también.

Entre los pliegues de la capa del santo asoma una panfollita que parece un cornetín de llaves. En fin, no se puede pedir más.

— Pues bien; á esta imagen es á la que acuden los sencillos labradores de Villacarpanta en todas sus tribulaciones y contrariedades.

— ¿Que sobreviene una peste? Pues novena al canto.

— ¿Que se vislumbra una mala cosecha? Pues rogativa y preces.

— ¿Que al alcalde le dolen los callos? Pues misa mayor con manifiesto y sermón.

Y así sucesivamente.

El sacristán, hombre rutinario por convicción, señor del órgano parroquial y de un lunar muy simpático con diez y siete pelos en el lado sudoeste de la nariz, era siempre el encargado de la música en las fiestas del santo patrón, y nunca echaba mano de otros motetes que de los que él mismo compuso cuando mataron á Prim.

Véase la clase (con permiso de San Roque):

CORO

«Con tu gentil calabaza, con tu perrito glorioso, Dios te ha mandado á este pueblo para alternar con nosotros.»
«Por el sendero del mundo nunca nos pierdas de vista, y haz el favor de librarnos de los dolores de tripas.»

VOZ PRIMERA

«Aunque tu acompañante no tiene rabo, dame una muerte dulce, que soy tu esclavo.»

VOZ SEGUNDA

«Y á mí, para que el diablo nunca me toque, con tu sagrado dedo tócame, Roque.»

CORO

«Te ofrecemos nuestras mieses y nuestro vino también. Ven aquí, santo bendito, te daremos de beber.»
«Te pedimos, ¡oh San Roque! protección y caridad, por el fruto de tu vientre que á tu lado siempre va.»

No dirán ustedes que el susodicho privilegio de la brutalidad no alcanza de lleno al autor de los motetes famosos.

Pues bien; el venerable párroco de Villacarpanta, íntimo amigo mío y ávido lector de *Madrid Cómico* y de la *Revista de Navegación*, me dijo cierto día, volviendo de una novillada:

— D. Juan, ¿a que no sabe usted lo que estuve pensando anoche?

— No, señor; no sé una palabra.

— Pues pensé que usted podría escribirnos unas coplas nuevas para San Roque; porque, francamente, aunque el pueblo está encariñado con las que hoy se le cantan, yo creo que al santo ya no le hacen efecto. La semana pasada se las entonamos para pedirle que la alcaldesa tuviera un alumbramiento feliz, ¿y sabe usted qué resultó?

— Que reventó la alcaldesa.

— No, señor; parió tres muchachos como tres cocodrilos; pero estuvo lloviendo quince días seguidos sin que hiciera falta maldita. Y tengo para mí que los tales motetes están ya desgastados y no sirven para nada. Por lo tanto, aunque tuviera que rifar con el sacristán, agradecería á usted que me mandase desde Madrid unos gozos nuevecitos, siempre que no fueran muy picantes.

— Pero, señor mío, ¿si yo entiendo tanto de escribir gozos como de bordar zapatillas?

— No sea usted modesto. Eso lo hace usted por debajo de la pata.

Total: el cura me convenció (sobre todo con el auxilio de su preciosa sobrina); prometí complacerle, y... yo suelo cumplir casi todo lo que prometo.

II

No sé si ustedes saben que yo estoy empleado en la secretaría particular de un ministro de la Corona, y que mi misión es contestar, con arreglo á las instrucciones de S. E., las cartas que le dirigen.

DON QUIJOTE

LA CÉLEBRE «NOTA»



¡Pero que modo de desafinar!

OTRO «CHICO DE LA BLUSA»



Canalejas.—¡Pero cuando me darán á mí la alternativa!

REFLECCIONES DE UN «LUIS»



¡Que bien sonarán estas ovaciones en ciertos oídos!

RESULTADOS DE LA NOTA



¡Ruja el infierno!
¡Brame Satán!
¡Nuestro es el triunfo!
¡Viva el Papá! (1)

(1) Delicada alusión á León XIII.

LA COPLA DEL DÍA



Tengo una Nota
y en la cabeza
que al Ministerio
le vuelve lelo.
Tengo mil lunares,
el uno el de la hipoteca
los otros... ¡ni Dios lo sabe!
(Música de El Género infame.)



LOS NUESTROS.—ALFREDO CALDERÓN



R. I. P.—Murió á consecuencia de una caída.—Que Adelantado le sea leve.

Este trabajo resulta sumamente pesado cuando es numerosa la correspondencia, y no es extraño que, á causa de la rapidez con que hay que llevarla y de la diversidad de asuntos y de personas que en ella figuran, se confunda ó trastrueque algún sobre y se envíe á un sujeto la carta correspondiente á otro.

Pues bien, esto me pasó á mí el día de mi regreso de Villacarpanta, hallándome envuelto en un maremágnum de pretensiones de destinos.

A los dos días un senador vitalicio muy respetable, que tenía recomendada la colocación de un sobrino suyo, abría con interés el pliego que del ministerio recibiera en contestación á su ruego.

Pero, ¡oh asombro del senador vitalicio! El papel decía así:

VOZ PRIMERA

«Dos refulgentes estrellas clavadas hay en el cielo. Es la primera San Roque y la segunda es el perro.»

CORO

«No nos desampares por la Virgen santa, que eres la delicia de Villacarpanta.»

No quiso leer más el ilustre prócer. Creyóse burlado por el ministro, y prometió interpellarle aquel mismo día en la alta Cámara, poniendo en conocimiento de la misma mis nuevos gozos á San Roque.

Mientras esto acontecía en la corte, el buen cura de Villacarpanta, rodeado de las autoridades locales, el maestro de escuela, el sacristán, la sobrina y el gato, se volvía loco ante los gozos que yo le había remitido, porque decían lo siguiente:

«Mi distinguido amigo: Enterado de la pretensión de usted, estoy dispuesto á ordenar que se tome nota de ella, con el fin de ver de hacer cuanto me sea dable para buscar la manera de poder encontrar el medio de procurar que, tan pronto como haya ocasión oportuna que me facilite la posibilidad de acceder á su deseo, resulte realizable mi propósito de hallar el modo de tratar de hacer algo en favor de su señor sobrino.»

III

«No les dije á ustedes que los de Villacarpanta eran los hombres más brutos de la tierra? Pues he aquí la prueba más evidente: En todas las funciones que dedican á San Roque le cantan ahora la cartita del ministro, y se quedan tan frescos.»

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

LANZADAS

Arranque usted varias hojas de su almanaque, lector. (Ahora le diré á usted para qué). Porque á veces—sépalo el Sr. Canalejas—es conveniente adelantarse á los acontecimientos. Hoy estamos á 25; bueno, pues quitando unas cuantas hojas del calendario, estaremos á 29. Todo es convencional en la vida, ha dicho Puigcerver—¡ese filósofo de las monjas Vallecasi!—hasta la medida del tiempo. En un segundo hemos vivido de una vez tres días, ó sear setenta y dos horas. Bien dijo aquél que dijo—sin sentir á Sagasta—que la vida es un soplo.

29 de Septiembre: la Dedicación de San Miguel Arcángel; (este San Miguel me recuerda, sin saber por qué, á Martínez Campos). Efemeride: Revolución de 1868, en España.

¡Qué hermosa fecha la de la Revolución de Septiembre! ¡Y qué hermosos tiempos aquellos! Verdad, ¡D. Práxedes! Pero ya todo eso ha pasado! ¡Cualquier día se atreverá Romero á escribir ahora en la fachada del ministerio de Hacienda: «Cayó para siempre la raza espúrea.»

¡Porque ahora todos somos espúreos, como los señores de esa raza condenada por el susodicho Romero!

¡Hijos de cura!

Imposible abrir un periódico sin que nos encontremos con esta noticia: «Ayer conferenció el señor Mellado...» Porque, por lo visto, D. Andrés es ahora el hombre indispensable. No hay asunto de Estado que á él no se le consulte. Sagasta, Moret, Rodríguez...; todos solicitan su opinión.

¡Mellado, árbitro!

¡Si no hay como no tener opinión de nada para poder opinar de todo!

La compañía Guerrero-Mendoza nos amenaza con la representación de varias refundiciones del teatro antiguo. «Nadie las mueva, que estar no pueda con Roldán á prueba.» O más claro:

«Refundidor baladí,

bárbaro de mala fe

ya que refundes á tí»

¡Pobre Lope de Vega! ¡Pobre Tirso!

¡Pobre Guillén de Castro! ¡Pobre Moreto!

La locura del suicidio va echando raíces en todos los cerebros. Es un horror. La gente se mata ya por cualquier motivo, y á veces sin motivo ninguno. Y digan lo que digan ciertos «espíritus

fuertes», hay algo de grande en eso de presentar la dimisión de la vida.

Una idea así el Sr. Silvela quisiera suicidarse!... Nosotros le pagaríamos—ó mejor por suscripción nacional—un revólver de honor. O una navaja. O un Mauser de esos con los cuales quiere él acabar la cuestión social.

El Chico de la Blusa ha tomado la alternativa. Una noticia que leerá con envidia Moret—ese sobresaliente de espada—y Canalejas—¡ese tore ro de invierno!

¡Tendrá que leer la prosa del señor duque de Almodóvar al Vaticano!

Porque ya sabemos todos cómo plumea el duque.

(No hay que taparse la nariz.)

Casi tan bien como Rodríguez ó como cualquier otro de los literatos del ministerio.

¡Lo que va á reirse Rampolla!

Casi tanto como se ha reído Romanones.

Que ya saben ustedes cómo llama á su compañero:

Tonto de Romate.

DON QUIJOTE

La cruz de brillantes.

I

Sobre un fondo de seda y en el centro de regío escarpate, osténtase radiosa de hermosura, cuajada de esmeraldas y brillantes, una soberbia cruz de oro macizo, tentación indudable de algún pastor católico que impugna las pompas y mundanas vanidades. Una turba harapienta, lacia, tísica, escualida y gasta por el hambre, con sordidez y ahinco se agolpa á los cristales, y devora la cruz con sus miradas, mientras llena la calle ese vago rumor con vaho de bestia que exhalan los presidios y hospitales, absurda mezcla de protesta altiva y de queja monótona y cobarde.

II

Las piedras de la cruz, al ser heridas por un foco de luz, despiden haces de chispas que deslumbran los ojos de la turba miserable. Y mientras que se arrugan los estómagos y en los cerebros arde la fiebre destructora de la anemia, y los harapos cueclgan de la carne como sucias banderas de la hampa, y vibran en el aire resoplidos de fieras, continúa ostentándose la cruz, signo de paz entre los hombres de buena voluntad, donde el Gran Mártir se elevó hasta ser Dios de los vencidos á costa de su sangre, árbol de libertad, ejemplo inicuo de amor y abnegación incomparables, insultando el martirio de la turba, de su miseria sordida molándose, y con brutal y cínica elocuencia de duras represalias acicate, pregando la farsa ridícula que hace la hipocresía jauría que al mendigo que un pedazo de pan osa implorarlo, le niega la limosna, pero en cambio le predica virtudes teologales.

G. NÚÑEZ DE PRADO

LA MUERTE DE UNA REINA

La Hipocresía es la señora del mundo, y la Verdad algo anómalo que trasciende á picardía.

Ha muerto la reina de Bélgica, á los sesenta y tantos años de edad, y ha muerto sola y abandonada de aquellos afectos que á todos nos son gratos... Ni hijos, ni esposo, ni ninguna persona allegada ha recogido el último suspiro de esa augusta majestad que ha muerto de la enfermedad más vulgar del mundo: de una afección cardíaca. Con este motivo, los cronistas monárquicos se desatan en lamentos, queriéndonos hacer simpática esa figura borrosa del gremio de majestades. Hay quien ha llevado la cuenta de todos los sufrimientos y de todas las lágrimas de la víctima augusta, y á creerlos á ellos, la anciana reina de Bélgica, al morir, se ha malogrado, á pesar de llevar encima de su corona sesenta y tantos años de vivir...

Ninguno dice que es posible haya muerto de rabia al verse abandonada por la augusta majestad de su marido, calavera real que anda de ceca en meca y de zoca en colodra corriendo aventuras con las más célebres cortesanas.

Ninguno apunta siquiera que dicha buena mujer era una beatona de dos mil demonios, más fea que una noche de truenos; ni que sus aficiones á

la mogigatería y su genio huraño y esquivo apartaron de sí á todas aquellas personas que con ella le unían estrechos vínculos de sangre.

¡Nada! ¡Era reina! Luego pudo ser caritativa, porque era rica, y, dando limosnas, se ganan las gacéllas funerales, aunque no se gane el cielo.

¡Era virtuosa? No es extraño ni raro ejemplar entre reinas que le tienen que agradecer muy poco á la naturaleza.

—¡Ha muerto sola y abandonada en su castillo de Spa!—dicen los cronistas, creyéndose buena mente que un castillo es una cabaña, y que una reina no tiene á su servicio quinientos servidores.

¡Cuán mentira y cuánta hipocresía en todo! El único que se demuestra tal y como es, franco, noble y ligero de cascos, es su esposo, el augusto consorte.

¡Habría tenido que abandonar á la última querida para hacer el papel de viudo triste durante los funerales!...

Que los reyes sean así, no me extraña. ¡Si así fueran siempre!

Pero que los plebeyos lacayunos quieran hacer una poesía de lo que es simplemente una ignominia real, ¡eso es lo que me llama la atención!...

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN

IDEAS SUELTAS

¡Maestros! ¡Ya os he oído bastante! Permitidme que os cuente una fábula. Un rey egipcio tenía monos amaestrados, que sabían bailar la danza guerrera de los Epirianos. Se les vestía con un casco y una máscara de hierro, ocultando las colas bajo la púrpura imperial, y cuando bailaban no parecía sino que eran hombres. Plugo al rey contemplar aquel espectáculo mucho tiempo. Pero una vez uno de los espectadores tuvo la idea de tirar á la escena un puñado de nueces. Y, ¿qué sucedió? Los actores de garraron la púrpura, se quitaron las máscaras, libertaron su cola, se pusieron á cuatro patas y empezaron á mor derse. Así hay gentes constituidas, en autoridad que ejecutan la danza epiroiana de la sabiduría hasta el primer donativo. Pero basta arrojar un puñado de favores para que los sabios se transformen en micos, rechinando los dientes y mordiendo. ¿Os gusta mi fábula, maestros?

MEREJKOWSKI

CRIMEN

Una mujer va á ser mi perdición... Me duele ya el alma de sufrir tantos desprecios... ¿Qué razón hay para que no me quiera? ¡Soy yo acaso un hombre malo? Bien sabe todo el barrio que no hay quien me gane en mi oficio, y que ni bebo, ni juego, ni quiero á más mujer que á ella. Entonces, ¿por qué no me hace cara la indina? ¿Qué tengo yo, qué hay en mí para que me repudie? ¡Es que hay derecho, así por que sí, para burlarse de un hombre? ¡No la he dicho ya, no una, sino mil veces, que la quiero con buen fin y que cuando ella guste nos vamos derechos á la Vicaría?

¿Qué más puede pedirseme? ¡Dios mío, es cosa de volverse loco! ¡Pero por qué no me quiere esa mujer? ¡Si no es posible en la vida ser bueno, si yo he debido ya obligarla á la fuerza á que me dé su cariño! Pero las mujeres son así...

¡Pues mucho cuidado conmigo, que yo soy lo peor de lo peor cuando llega el caso, y me consiento que nadie se burle de mí, y tengo tirada en mi almaria, y sé odiar á mismo que se quer rer!...

¡Que no abuse mucho porque me va faltando la paciencia! Y una de dos: ó me da un beso, ó Conque ella verá lo que le conviene.

¡Dice que no!

¡Pues yo digo que sí! Y a ver, ¿quién gana la partida? ¡Porque para eso, el hijo de tu madre!

—Pues oye, yo sí me he dado, pero te advierto que está por mí, ¡lo oyes! ¡Por mí, que no te quiere, que no te querrá nunca!... Ayer mismo me lo dijo: «Antes muerta que de eso». No te ofendas. Ya sabes lo que son las mujeres... Caprichos...

Y dando un fuerte puñetazo sobre la mesa:

—Pero yo soy siempre tu amigo, Juan Pedro. ¡Choca! Los hombres son los hombres y las mujeres... las mujeres no valen ni esto... ¡Vengan esos cinco!

Pero Juan Pedro no se dió por convencido y mirando á su compañero con rabia y desafiándole con la mirada:

—¡Lo que presumas! Esa mujer está loca... Mira que quererte á tí! ¡La mala pécora!

Y después de una pausa:

—Yo no te puedo dar la mano porque no eres mi amigo... Y te digo más: que eres un mal hombre.

—¡Yo? ¡Yo?—se había puesto en pie.—¡Eso me lo dirás en otra parte!

—¡Donde quieras!

El tabernero intervino.

—No hay que armar escándalo. A pelear á la calle, aquí no se permiten cuestiones.

Y allá se fueron á dirimir la contienda. No cambiaron ni una palabra más. Sacaron las navajas y se acometieron furiosos.

La lucha duró unos segundos.

A los pocos momentos Juan Pedro quedó tendido en tierra para no levantarse más.

—Oye, Sinto, ¿sabes que han matado á Juan Pedro?

—¡Vaya una noticia! (De puro sabida ya la tenía olvidada! Se empuñó en que yo había de quererle á la fuerza, y ahí tienes las consecuencias... ¡Mira que era tonto el hombre! ¡A la fuerza! ¡Bien merecido lo que le ha pasado! ¡Gracias á Dios que me veo libre de él! ¡Cuidado que era posma el pobrecito! No me dejaba ni respirar, siempre detrás de mí, como una sombra atosigándome...)

—Pero y bien que te quería el desgraciado!

—Otros habrá que me quieran tanto como él ó más... ¡Mientras haya hombres! ¡Ya verás como esta noche saco novio en el baile!

MICHEL SAWA

LIBROS

De todos los libros publicados por la casa editorial de Sempere, el más importante, indudablemente, es el que ayer se puso á la venta, titulado *Emilio Zola: Su vida y sus obras*.

Toda la existencia del gran novelista, la tragedia familiar de su niñez, la juventud misera en continua batalla con el hambre para conquistar la entrada en el camino de la gloria, los combates literarios, el modo de trabajar del eminente maestro, los detalles íntimos de su vida, todo está contenido en el volumen que acaba de aparecer y del cual son autores tres artistas y admiradores de Zola: Paul Alexis, Luis Bonafoux y Vicente Blasco Ibáñez.

Paul Alexis ha escrito con el título de *Notas de un amigo*, un largo estudio sobre la infancia y la juventud de Zola. Intimo amigo del maestro y su más entrañable discípulo, nadie como Alexis ha podido retratar con fidelidad al famoso novelista. Luis Bonafoux, bajo el título *El calcario de Zola*, hace el relato conmovedor de lo que este batalló y sufrió en la cuestión Dreyfus, y Blasco Ibáñez describe la vida actual de Zola, trazando su aspecto moral y físico.

El libro *Emilio Zola: Su vida y sus obras* está ilustrado con 30 grabados, originalísimos y se halla de venta en todas las librerías al precio de una peseta.

ANUNCIOS HUMORÍSTICOS

¡Qué hermosos muebles los que construye don A. VALLEJO, Alcalá, 17!

¡Débenos figurar en el Museo!

Rodríguez, que sabe lo que se dice en cuestiones de economía, asegura que no hay mejor negocio que asegurarse la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla, 13*.

El *Anís del Mono* es el licor de los grandes banquetes; ¡verá usted, Sr. Lhardi!



ES EL MAS FINO. EL MAS SUAVE QUE SE CONOCE

Librito con 120 hojas. 15 céntimos. De venta en todos los estancos de España. Depósito: Arco de Santa María, 23.

Se cede una buena habitación para vivir en familia, con asistencia ó sin ella, calle del Nao, número 6, principal izquierda.

PAPEL PARA FUMAR ma ca REPÚBLICA ESPAÑOLA

Esmerada y pura fabricación Alcoyana. De venta en todos los estancos de España. Fabricante: Leopoldo Ferrándiz, Alcoy.

CASTELAR

(Fragmentos de sus obras.)

En este libro se hallan comprendidos los mejores trabajos políticos y literarios del ilustre tribuno.

Un tomo de más de 200 páginas, con seis retratos de Castelar y artística cubierta; 3 pesetas. Para los corresponsales y suscriptores de DON QUIJOTE, 1,50 pesetas. Los pedidos se harán á esta Administración. Pagos anticipados.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7

VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCION

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.